

¿Vamos bien?

¿Vamos Bien?

Reflexiones de un antropólogo

Por:

Thomas Pijnenburg

Autor: Tom Pijnenburg
Diseño carátula: Tom Pijnenburg
ISBN: 9789465016184

© Tom Pijnenburg

Para: Carla, Sascha, Marleen, Michelle y Suyay

Muchas gracias a: Carla, Marleen, Alba y José Luis

ÍNDICE

1	LA GRAN ILUSIÓN	5
2	AL CAMPO.....	15
3	TE QUIERES SACAR UN DOCTORADO?	21
4	LAS FARC Y LOS PARA´S.....	43
5	UN LUGAR LLAMADO COCA	51
6	NUEVA GUINEA	55
7	LEÓN EN CHINANDEGA	77
8	BUSCANDO ALTERNATIVAS PARA LA PROJECTITIS.....	89
9	MISIONES TÉCNICAS	97
10	A EVALUAR SE APRENDE SOBRE LA MARCHA.....	109
11	EXPERTOS TÉCNICOS, POLITICOS Y DIPLOMATICOS	121
12	CORRER A TRAVÉS DEL PANTANO	129
13	MIOPÍA CRÓNICA	137
14	HAGAS LO QUE HAGAS: NUNCA DELEGUES!.....	143
15	¿CÓMO DISEÑAR UN FRACASO?.....	153
16	SOBRE EL FENÓMENO DEL EXPERTO CONSULTOR	157
17	¿ENTONCES? ¿VAMOS BIEN?	165

'Vamos bien?' pregunto a Pedro.
'Vamos bien!' me contesta.

Entonces continuamos caminando por la jungla. Yo, con zapatos resistentes, pantalones especiales de jungla y una mochila llena de todo tipo de *'tonterías de supervivencia'*. Pedro, delgado, pequeño de estatura, hombre de pocas palabras, descalzo, en pantalón corto y por lo demás desnudo. El único equipaje de Pedro era su arco y una aljaba de flechas. El sudor corría por mi cuerpo a chorros, pero yo era joven y estaba en forma, así que pensé: simplemente perseverar. Después de todo, estaba caminando por la selva amazónica y había estado soñando con esto desde que era niño. Pedro era un indígena mayor de la etnia guayabero. Calculé que tendría unos sesenta o setenta años, dado su cuerpo arrugado, que había podido ver desde atrás durante horas mientras caminaba por los estrechos senderos. No dijo una palabra así que mantuve la boca cerrada también. A Pedro me lo recomendaron como guía en el último caserío indígena al que podía llegar con mi barco. A partir de ahí la única manera para llegar a mi destino era a pie y con un guía. Pedro siguió con su ritmo elevado. Aunque me había levantado muy temprano, debía ser ya alrededor del mediodía cuando, exhausto, intenté de nuevo: *'¿Vamos Bien?'* De nuevo, *'Vamos bien!'* fue la única respuesta que pude obtener de Pedro.

De repente Pedro se detuvo frente a un pequeño arroyo claro. Señaló al agua e hizo un gesto que entendí que significaba que no debía moverme por un momento. No tenía idea de lo que había allí para ver. Agradecí especialmente que nos detuviéramos un momento y trataba de recuperar el aliento con las manos en las rodillas. Volvió a señalar el arroyo con una flecha, pero no vi nada, sólo agua y hojas. Luego empujó algo en el fondo y de repente toda la zanja empezó a moverse a lo largo de cinco metros. Había despertado una anaconda gigante. Salté, retrocedí asustado y tropecé con las raíces de un árbol. La serpiente se internó en el bosque y Pedro ya estaba otra vez en camino. Rápidamente me puse de pie para alcanzar a Pedro antes de que desapareciera de mi vista. El viaje continuó, todavía sin intercambio de palabras.

Horas más tarde, el calor y la humedad se habían vuelto insoportables y comencé a preocuparme. La mochila se volvió cada vez más pesada. Debían ser alrededor de las cuatro o cinco de la tarde y en el trópico oscurece rápidamente alrededor de las seis, incluso un poco antes si caminas por una jungla. Decidí intentar una

vez más sacarle algo de información a Pedro. '*¿Vamos perdidos?*', fue la pregunta esta vez. '*¡Vamos perdidos!*', fue la breve pero firme respuesta de Pedro. Un ligero pánico se apoderó de mí; ya podía verme acampando en medio de la selva sin carpa, sin mosquitero, a merced de los mosquitos. Caminar de regreso no era una opción, solamente me quedaba seguir a Pedro.

Afortunadamente llegamos a nuestro destino poco después. De repente llegué a la conclusión de que Pedro no hablaba una palabra de español y simplemente repetía todas las palabras que yo le había dicho.

Cuando pienso en este evento, 35 años después, me parece una analogía apropiada para todo lo que me ha sucedido desde ese día. Después de casi 40 años de estudio y trabajo, he aprendido a través de prueba y error sobre las posibilidades y desafíos que rodean el concepto de cooperación al desarrollo. La pregunta '*¿Vamos bien?*' vuelve a ser relevante. Estaba lleno de buenas intenciones cuando caminé por la gran selva con Pedro. Iba a hacer del mundo un lugar mejor y mi trabajo contribuiría a reducir la pobreza y a lograr más justicia. Este libro es la historia de una danza más o menos surrealista entre varios mundos que no siempre se entienden y cuyas visiones pueden diferir considerablemente. Es una historia sobre una confusión constante entre personas que a primera vista parecen trabajar juntas y estar formalmente de acuerdo en los objetivos, pero que, si miras un poco más de cerca, cada una termina teniendo su propia agenda. Cuando esto se vuelve visible y evidente, también se comprende por qué tantas buenas intenciones de la cooperación rara vez se traduce a un cambio verdadero.

También es un libro sobre lo que vives cuando trabajas en América Latina y el Caribe, una historia sobre situaciones extrañas que te encuentras si llevas mucho tiempo activo en la cooperación al desarrollo, historias que ojalá valgan la pena leer. Entre las anécdotas, especialmente en los capítulos finales, me gustaría anotar algunas lecciones que he aprendido y que, en mi experiencia, a menudo plantean obstáculos a la eficacia de la cooperación internacional. No me refiero a la literatura cada rato, ya que esto no es una tesis científica sino una historia personal. Aun así, yo espero que esta historia, basada en cuatro décadas de experiencia en América Latina, genere reflexión sobre nuestra relación con los países menos afortunados. También espero sirva para los jóvenes que sigan una carrera en antropología o similar o que simplemente tienen curiosidad, tengan un libro útil, o por lo menos entretenido, en sus manos.

1 LA GRAN ILUSIÓN

Salimos de San José del Guaviare muy temprano en la mañana. Nos había llegado la noticia de que habían salido de la selva un grupo de indígenas completamente desconocidos que nunca habían estado en contacto con el resto del mundo. Margarita una colombiana, Manuel un argentino y yo éramos los únicos tres antropólogos en esa parte de Colombia, por lo que el gobernador del Guaviare nos había pedido ayuda. También estaba allí mi hermano Bart, que estudió sociología no occidental y me ayudaba con mi investigación de doctorado. Cuando llegamos al pueblo de Calamar, vimos que los indígenas habían sido vestidos por los lugareños con la ropa que habían podido recolectar; después de todo, habían salido desnudos de la selva y eso, por supuesto, no era aceptable para los pudorosos colombianos. Estos indígenas, que luego recibieron el nombre de Nukak Makú, sentían tanta curiosidad por nosotros como nosotros por ellos. Para separarnos un poco de los aldeanos, nos sentamos en los jeeps con ellos e intentamos en vano saber más sobre ellos. No importaba mucho si intentábamos comunicarnos en español u otros dialectos nativos. Podría perfectamente habernos comunicado en chino o en holandés. Incluso gestos internacionales como asentir con la cabeza, fueron imitados espontáneamente, pero no contribuyeron a ninguna comunicación significativa. Como Bart y yo lucíamos diferentes a los colombianos, las mujeres Nukak estaban muy interesadas. Nos subieron las perneras del pantalón para ver si nuestros cuerpos eran del mismo color en todas partes. Hubo muchas risas por parte de los Nukak. Por la tarde llegamos a la conclusión de que en esas pocas horas de contacto no podríamos hacer mucho y que, en realidad, no aprenderíamos mayor cosa. Decidimos caminar con ellos hasta su campamento no muy lejos del pueblo, principalmente para deshacernos de los curiosos del pueblo que no tenían ideas más originales que darles cigarrillos y Coca Cola. Tan pronto como salimos del pueblo y entramos al bosque, los Nukak se quitaron toda la ropa y la colgaron en las ramas de los árboles. Los niños intentaron atrapar un pollo perdido. Cuando llegamos a su campamento, vimos que sus pertenencias no eran más que unas pocas hamacas y canastas hechas de fibras de palma. Las hamacas colgaban alrededor del fuego. De repente me di cuenta de que estábamos tomando fotos sin su consentimiento en su 'sala de estar', pero como antropólogo sólo experimentas algo así una vez en la vida, decidí abandonar ese pensamiento.

Margarita me miró con una mirada penetrante y dijo: 'Si somos verdaderos antropólogos, ahora nos quitamos la ropa y caminamos con esta gente hasta que hablemos su idioma, hasta que hayamos aprendido todo sobre ellos.'

Normalmente me dejaba llevar y tentar por este tipo de desafíos, pero esta propuesta tropezaba con una serie de obstáculos prácticos. Mi esposa estaba a unas horas de distancia en San José del Guaviare y yo ahora era padre de una hija, Sascha, así que no podía simplemente desaparecer en la selva con Margarita. Además, seguramente nos perderíamos y contraeríamos todo tipo de enfermedades y parásitos desagradables. La probabilidad de que no sobreviviéramos era alta. Incluso los Nukak, que estaban acostumbrados a la vida de nómada selvática, no parecían particularmente sanos. Claramente tenían todo tipo de parásitos estomacales y afecciones de la piel. Fue una prueba más de que con demasiada facilidad tenemos ideas románticas sobre la vida tribal de los indígenas. Margarita en seguida también se dio cuenta de que una aventura de esta índole sólo se podía hacer después de una larga y minuciosa preparación y abandonó la idea en el acto.

Esa tarde tuvimos que regresar a San José, no sin antes informar al Gobernador. Se le había ocurrido la idea de montar una reserva para ellos junto al pueblo. Estábamos frustrados porque no teníamos muchas respuestas para él, pero afortunadamente por lo menos pudimos dejarle claro que se trataba de nómadas, cazadores y recolectores que no tenían el concepto de propiedad de la tierra y, por lo tanto, difícilmente se les podía obligar a quedarse dentro de los límites de una reserva indígena. Además, una reserva justo al lado del pueblo no sería una buena idea porque el concepto de propiedad privada, que la tierra o una vaca sea propiedad de alguien, también les resultaría ajeno. Usamos el ejemplo de los niños Nukak que querían atrapar al pollo caminando por la selva. Por ejemplo, en cuanto arrojaban el primer trozo de vaca al fuego, la curiosidad de los habitantes de Calamar podía convertirse muy rápidamente en hostilidad. En este remoto rincón del país no hay policía y problemas así se solucionan con el machete.

Más tarde, de vuelta en los Países Bajos, mi hermano y yo fuimos invitados a hablar sobre Nukak en la televisión holandesa. Poco después, a través de los documentales de National Geographic, los Nukak se hicieron famosos en todo el mundo. Pero la atención duró poco y todo terminó tristemente para ellos. Aunque se les había asignado una reserva gigantesca, el atractivo de la vida 'moderna' era mayor que el de la selva. Además, la reserva se convirtió en un escondite para el movimiento guerrillero de las FARC¹. Lo que ocurrió en esa reserva entre los indígenas Nukak y la guerrilla de las FARC aún no está

¹ FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. En aquella época el mayor grupo armado de Resistencia de Colombia.

documentado. Cuando regresé al Guaviare, más de 25 años después, pude ver cómo los Nukak habían caído víctimas de la prostitución y el alcoholismo. La historia de los indígenas norteamericanos y los aborígenes australianos simplemente se ha repetido aquí, aunque se puede suponer que hoy día podemos ver venir este tipo de cosas. Colombia aparentemente tiene otras prioridades.

¿Cómo terminé en ese campamento Nukak? Mucho se puede explicar por el deseo de aventura. Desde muy joven me sentí tentado fácilmente a la temeridad. Cuando mis amigos decían que no me atrevía a caminar sobre el techo de la iglesia, ya estaba subiendo para demostrarles lo contrario. En la secundaria no era un gran estudiante. Estaba más preocupado por ser popular entre amigos. Y el principal alborotador. El último día de secundaria, tomamos la escuela bajo mi liderazgo al estilo de un clásico golpe de estado Suramericano. Lo precedieron meses de preparación: por ejemplo, robar en secreto las llaves al conserje para copiarlas y luego volver a colgarlas. El día del golpe tomamos las partes esenciales de la escuela y nos encerramos en el salón donde estaba la megafonía, donde leí nuestra declaración revolucionaria, inspirada en el Ché Guevara, dirigida a los entonces más de mil de estudiantes que no tenían idea de lo que estaba pasando.

Más tarde, mi hermana Marleen, mi amigo René y yo aparecimos en las portadas de los principales periódicos holandeses porque habíamos organizado un secuestro en una provincia al norte de Holanda, justo en el momento de los secuestros de trenes por parte de los activistas Amboneses². Yo estaba al volante y René metió bruscamente a mi hermana, que gritaba, en el coche en el centro de la ciudad de Epe. Los transeúntes presentaron varias denuncias y el cuerpo entero de 200 agentes de la policía de la provincia estuvo buscándonos toda la noche mientras nosotros dormíamos tranquilamente y nos habíamos olvidado ya del incidente. No teníamos idea de lo que habíamos causado en la gente. Cuando lo vimos en la portada de los periódicos al día siguiente, no tuvimos más remedio que entregarnos en la policía. Tuvimos que disculparnos y comparecer ante un juez. Por suerte no obtuvimos antecedentes penales a raíz del secuestro y afortunadamente ninguno de los policías pensó en pedirme mi licencia de conducir porque yo aún no la tenía en ese momento.

² Un grupo procedentes de las islas de Ambon. Ellos habían luchado al lado de los Holandeses en la guerra de independencia de Indonesia. Al perder esta lucha, los Holandeses no tenían otro remedio que ofrecerles refugio en Holanda. En esta época de mi historia, los Amboneses estaban reclamando sus derechos y promesas no cumplidas por parte del Gobierno de Holanda, algunos por medio de secuestros.

Durante las fiestas, en las que la cerveza se acababa de madrugada, René y yo íbamos hasta la fábrica de Heineken en Den Bosch, aparcamos el coche un poco fuera de la vista y saltamos la valla. Me subía a una carretilla elevadora de las que siempre estaban aparcadas en algún lugar con la llave puesta, y recogía un palé con sesenta cajas de cerveza. Mientras tanto saludaba alegremente a la gente del turno de noche como si yo también trabajara allí. Con la carretilla elevadora y las cajas de cerveza me dirigía hasta la valla donde podíamos cargar las cajas en la furgoneta de René. La fiesta se salvó. En ese momento lo vimos como una travesura, pero en retrospectiva entiendo que el deseo de aventura y adrenalina fácilmente podría habernos llevado por el camino equivocado.

A mi madre siempre le fascinaron la ciencia, la naturaleza, las culturas lejanas y los exploradores. Recuerdo como si fuera ayer que ella vino a buscarme al bosque detrás de nuestra casa, donde yo estaba construyendo una casa en el árbol, cuando Jacques Cousteau estaba en la televisión con sus aventuras submarinas. También me llamaba cuando los estadounidenses aterrizaron en la luna o cuando salían documentales de exploradores en la tele. Mi padre, un empresario exportador, pensó que yo era apto para los negocios y ya había hecho planes para mí. Incluso había hablado con sus compañeros de negocios y mi futuro estaba más o menos asegurado. Me enviarían a Italia, Grecia e incluso Rusia porque el mercado era prometedor. Si aprendiese esos idiomas, fácilmente podría hacerme cargo del negocio. Pero yo tenía otros planes. Mi madre 'ganó', por así decirlo, probablemente también porque vi a mi padre trabajar demasiado duro. Quería algo diferente para mí. Eran los últimos años de la era hippie y ganar dinero no era tan importante cuando tenía 20 años. Quería salir a conocer el mundo!

Era verano, finales de los setenta. Hicimos autostop hasta el sur de Francia con un grupo de amigos en grupos de dos. Crucé la línea el último. René llevaba mucho tiempo allí con Marleen y los demás. De hecho, viajé con mi novia, pero aún así me enamoré profundamente de Sylvie, mi prima guapa y un poco mayor. Se había ido de vacaciones con nosotros para escapar del ambiente negativo que había encontrado en La Haya. Después de esas vacaciones empezamos una relación y ella vino a vivir conmigo al sur de Holanda. Como ambos acabábamos de graduarnos de la secundaria y no sabíamos qué estudiar, decidimos hacer realidad uno de sus sueños. Primero trabajaríamos para ganar dinero y luego iríamos a Canadá. Empecé a trabajar como camionero para Heineken y me asignaron mi propia ruta por todos los pueblos entregando en bares, restaurantes y discotecas los barriles de cerveza y las cajas de refrescos que habían encargado para esa semana. Sylvie trabajó en el Palacio de Justicia de Den

Bosch y juntos ahorramos unos miles de florines. Tomamos el barco hacia Montreal. Se trataba de un viejo barco de pasajeros holandés que ya no resultaba rentable para los operadores holandés y había sido vendido a una empresa polaca. La mano de obra polaca era tan barata en aquel entonces (o mal pagada, según como quieras verlo) que en cada mesa había un camarero que constantemente te preguntaba si querías algo de comer o beber. Cuando desembarcamos en Montreal casi dos semanas después, la tierra todavía se balanceaba al ritmo de las olas, por lo que no pudimos pisar tierra firme hasta el día siguiente.

Cruzamos la frontera de Estados Unidos en Detroit. Recibimos un consejo de mi amigo Raoul de que se podía utilizar algo llamado 'Drive Away Service'. Mediante este sistema se podía conducir un automóvil de un lado al otro del país para las personas que se mudaban o se iban de vacaciones dentro de los Estados Unidos y preferían volar. Pero eso sólo era posible si tenías 21 años. Sylvie no tenía permiso de conducir y yo sólo tenía 20 años. Tenía un permiso de conducir internacional holandés en el que estaba escrito a mano el año de nacimiento 1959. Con un bolígrafo convertí el 9 en un 8 y de repente tenía 21 años. Entonces eso estaba solucionado. Condujimos el Oldsmobile Cutlass Supreme modelo 1976 de una anciana desde Detroit a San Francisco. Nos tomó cinco días. Condujimos por todo el continente y tuvimos la libertad de detenernos dondequiera que hubiera algo que ver. Resultó ser una manera fantástica de conocer un poco el país. Nos sorprendió lo amables y educados que eran los estadounidenses, pero también lo superficiales que eran. Me sentí como un rey. El único problema fue que era noviembre y hacía demasiado frío para dormir en nuestra tienda de campo. Lo habíamos intentado una vez pero nos despertamos cubiertos por una gruesa capa de nieve. No había dinero para hoteles, así que dormíamos en iglesias, en el Oldsmobile y en cualquier otro lugar donde se nos ocurriera y no nevara.

Pero la verdadera solución al frío fue avanzar más al sur, hacia San Francisco, Los Ángeles y San Diego, lo que inicialmente no era la intención. Y así, en un momento dado nos encontramos en la ciudad fronteriza de Tijuana entre mexicanos mendigos medio agresivos que querían algo de nosotros. Mi primer gran choque cultural. Una parte de mí inmediatamente quiso volver a San Diego, ¡volver a la civilización! Pero mi lado aventurero ganó y decidimos avanzar más al sur, fuera del sofocante hormiguero de Tijuana lo más rápido posible, siguiendo la costa del Pacífico, a través de la península de Baja California.

En nuestro mapa arrugado había dibujada una tienda de campaña, el símbolo de un camping. En nuestra inocencia, pensando que los mapas siempre decía la verdad, bajamos allí, pero cuando la puerta del viejo y oxidado autobús Greyhound se cerró detrás de nosotros y desapareció de la vista, descubrimos que allí no había ningún lugar para acampar. Nos quedamos parados en la carretera con nuestras mochilas sin saber qué hacer. Ya estaba empezando a oscurecer. Todavía sentíamos el miedo de Tijuana y no había un alma a la vista. ¿Ahora que? Al poco rato llegó una vieja camioneta. El conductor parecía un auténtico mexicano, completo con sombrero grande y música a todo volumen. Se detuvo y se ofreció a llevarnos a su casa. No me fié del todo del asunto y vi surgir todo tipo de imágenes en mi cabeza. ¿Nos estarán robando, violando, descuartizando y alimentando a los tiburones? ¿Será este el final de la aventura? Pero no había otra opción: no podíamos quedarnos allí parados como tontos. Entonces nos subimos a la parte trasera de la camioneta de Juan.

La casa de Juan era pequeña y estaba ubicada en medio de una playa enorme. La playa no parecía tener fin, se extendía hasta donde alcanzaba la vista y lo único que había era la casa de Juan. Tijuana estaba ahora muy lejos y experimenté la abrumadora hospitalidad de las familias pobres latinoamericanas allí por primera vez y la experimentaría muchas, muchas más veces después. Dormíamos en la azotea y durante el día nos adentrábamos en el mar o ayudábamos a su hijo Pepe a desenterrar las almejas blancas, una concha plana y una delicia local. Los servían con salsa picante, como un ceviche, un manjar. Por mi educación holandesa intenté ofrecer mi ayuda en la cocina, pero eso sólo provocó vergüenza entre la señora de la casa y burla entre los miembros masculinos de la familia. Después de unos días nos despedimos de Juan y su familia y nos dirigimos más al sur y nos quedamos en la playa de Mazatlán durante aproximadamente un mes. Hacía mucho calor allí y disfrutamos del mar y la playa y conocimos a jóvenes de todo tipo de países que también viajaban. Así conocimos a John.

‘¿Fumas marihuana?’, preguntó John. ‘Por supuesto’, respondí. Me impresionó este ex veterano de Vietnam. En realidad nunca antes había fumado marihuana, pero qué carajo, pensé. Solo conocía Vietnam y la guerra por las películas, pero ahora tenía a alguien frente a mí que lo había vivido todo en persona y podía contármelo. Tenía un sarpullido en todo el cuerpo a causa del Agent Orange, el químico defoliante cancerígeno que los americanos rociaban sobre la selva para ver mejor al enemigo. John estaba decepcionado con el gobierno de su país y estaba en contra del sistema, básicamente estaba en contra de todo. Con sus dos pastores alemanes y una enorme bolsa de yerba escondida en el chasis de su

campero, viajó por todo México. Sin embargo, nuestras conversaciones no duraron mucho porque su marihuana me dio un hambre voraz y al poco tiempo me fui a buscar comida. 'Mazatlán es lindo, pero Yucatán es realmente hermoso', dijo John. Pudimos viajar con él para ese viaje de tres días. Nos estábamos alejando cada vez más del plan original de conocer Canadá, pero no nos importaba mucho. Yucatán nos esperaba.

Nos perdimos en el camino. Estábamos dando vueltas en un barrio de Guadalupe y John decidió preguntarle a un policía que vimos en una calle. Estaba parado allí bajo la única farola de ese barrio que aún daba luz. Sylvie abrió la ventana y John preguntó por direcciones porque solo hablábamos unas pocas palabras en español. '¡¡Papeles!!', dijo el oficial. 'Pero sólo queremos pedir direcciones', intentó John. '¡¡¡Papeles!!!', dijo el oficial, ahora visiblemente molesto porque no seguimos las órdenes de inmediato. Cuando entregamos los pasaportes, resultó que el agente quería dinero. '¡La lana!', nos espetó el oficial. Todavía yo estaba bastante verde en ese momento y probablemente habría pagado. Pero para John esto fue demasiado. Abrió la puerta lateral de la caravana y dio una breve orden a sus perros. En un instante estaban parados con los dientes al descubierto, gruñendo amenazadoramente a ambos lados del oficial que claramente no estaba preparado para este escenario. Sylvie y yo pensábamos que eran unos animales muy dulces, pero ahora vimos claramente un lado diferente de su carácter. El oficial literalmente empezó a sudar frío. 'Pueden continuar por esta calle, luego girar a la izquierda y automáticamente llegarán a la carretera principal a México DC', dijo el oficial, devolviéndonos los pasaportes con manos temblorosas.

Unos días después el viaje nos llevó a Palenque donde vimos las hermosas y antiguas pirámides de la cultura maya. Algo me pasó allí. Hay gente que solo ve muchas piedras antiguas en un sitio arqueológico de este tipo. Pero vi ese lugar cobrar vida. De repente vi a la orgullosa pero también agresiva tribu Maya alrededor de la pirámide. Vi a los sacerdotes Mayas en la cima de esa pirámide haciendo sacrificios humanos a sus dioses abriendo el pecho de un prisionero con un cuchillo de obsidiana y arrancando el corazón que aún latía. Había leído algo sobre eso, pero ahora estaba parado allí en esa pirámide y lo experimenté como si estuviera rodeado de guerreros Maya. Estaba emocionado por la oportunidad de vislumbrar una cultura antigua completamente diferente. En retrospectiva, creo que ese momento en Palenque determinó en gran medida el resto de mi vida.

Yucatán está plagado de lugares como este y visitaríamos algunos más. Pero primero íbamos a instalarnos en el paraíso. Como John era conocido aquí, rápidamente encontramos un lugar en Playa del Carmen donde podríamos montar nuestra tienda de campaña entre palmeras sin ningún problema y donde poder relajarnos. Playa del Carmen parece haberse convertido ahora en una especie de Benidorm o Torremolinos con turismo masivo y rascacielos, pero en 1979 sólo existía la playa, las palmeras, el mar turquesa y un pequeño pueblo de pescadores. Desde la tienda pudimos observar a los pescadores todos los días y charlar. Aprendimos un poco de español. John me enseñó a cazar bajo el agua con un arpón y así podíamos comer sin incurrir en muchos gastos. En el mercado local podíamos comprar el resto de nuestras necesidades básicas por casi nada. John y yo nadamos con los tiburones todos los días. La primera vez casi me dio un infarto, pero pronto aprendí que estos tiburones no eran agresivos. También estaba repleto de langostas. Nos comimos todas las langostas que pudimos porque era muy fácil pescarlas. Se escondían bajo las rocas, pero como sus antenas seguían sobresaliendo, su estrategia de supervivencia era un fracaso. También me permitían unirme a los pescadores locales de vez en cuando. Esto me dio una idea desde adentro de cómo vivían estos pobladores. Sólo más tarde supe que esto se llama Observación Participativa en la antropología.

Meses después, de vuelta en Holanda y sobreviviendo también al segundo choque cultural (que se sufre al regresar de un viaje así), fui a visitar al padre De Jong. Solía enseñarme francés en el ateneo. Y aunque no tenía ni tengo mucha simpatía con sacerdotes, éste siempre había sido muy amable conmigo y tenía la sensación de que podía acudir a él con mi dilema. El padre De Jong había sido misionero anteriormente, por lo que, aunque lo veía desde un ángulo diferente, es decir, ganar almas para la iglesia, al menos había vivido fuera de Europa. Me recibió en su oscuro despacho con paneles de madera, lleno de parafernalia de todo el mundo. Escuchó pacientemente mientras derramaba mi historia sobre él como una cascada. El dilema era: ¿arqueología o antropología? ¿Qué debo elegir? Cuando finalmente llegó su turno, dijo: *'La arqueología es la antropología de los que ya no están vivos y la antropología es la arqueología de los que todavía están vivos'*. Entonces lo supe: me decidí por la antropología cultural.

Interrumpí mis vacaciones en Italia con mi hermano Bart para participar en los días de introducción en la universidad de Utrecht. En retrospectiva, hubiera sido mejor quedarme en Italia. En el Departamento de Estudios de Antropología Cultural reinaba una atmósfera hippie alternativa. Los estudiantes varones se podían contar con los dedos de una mano y con esas alumnas tejiendo calcetines de lana de cabra y amamantando, había que tener mucho cuidado con las

palabras, especialmente para un tipo como yo que generalmente soltaba inmediatamente lo que le venía a la mente. Mientras parecieras feminista y socialista, estabas bien. Cometí errores varias veces porque no era el típico estudiante de antropología porque venía de un nido empresarial. Durante una lección sobre marxismo donde los empresarios eran descartados como especuladores antisociales que solo vivía para abusar de los trabajadores y llenarse los bolsillos, no podía mantener la boca cerrada, pensando en mi padre, que trabajó muy duro para montar un negocio y darnos oportunidades en la vida. Los estudiantes presentes quedaron atónitos cuando inicié una acalorada discusión con ese maestro.

Las personas más agradables eran los estudiantes mayores que ya habían hecho otras cosas en sus vidas y comenzaron a estudiar antropología por curiosidad, no porque hubieran oído que era la carrera más izquierdista que podían elegir. Al igual que yo, no tomaron todo al pie de la letra de los profesores. Así conocí a Mike, un marinero de ascendencia alemana. También pudo poner en perspectiva el ambiente hippie del departamento, lo que creó un vínculo. Veremos a Mike nuevamente en los próximos capítulos. Lo que fue revelador para mí fue la enorme cantidad de libros que teníamos que leer. Seguí viviendo en Den Bosch porque allí tenía un apartamento espacioso. Ni siquiera podría alquilar una pequeña habitación en Utrecht por esa misma cantidad de dinero. Así que compré una vieja furgoneta de un amigo y conduje con ella de un lado a otro. Nadie hablaba entonces de Huella Ecológica Personal ni de emisiones de CO2. De no tener que ir a Utrecht para asistir a clases y conferencias, devoraba un libro tras otro desde primera hora de la mañana hasta tarde en la noche. Lógica, filosofía, estadística, estructuralismo, materialismo cultural; se abrió otra vez un mundo nuevo para mí. Lo genial fue que no todo era completamente abstracto (mucho lo era, por cierto) y que podía aplicarlo todo a los pescadores de Playa del Carmen.